

AMÉRICA LATINA-EUROPA: LA “OTRA” RELACIÓN TRANSATLÁNTICA¹

Josep Borrell

26 de octubre de 2020

En nuestro último Consejo de Asuntos Exteriores², hicimos balance de nuestras relaciones con América Latina y el Caribe (ALC), en un momento en el que esta región está atravesando una crisis dramática debido a la pandemia causada por la COVID-19. Ello era muy necesario, ya que, últimamente, la región latinoamericana no ha ocupado un lugar suficientemente relevante en nuestra agenda. Es algo que debemos remediar.

Nuestra asociación con América Latina entraña una paradoja: a pesar de tener mucho en común, nuestras interacciones siguen estando muy por debajo de su potencial. Con América Latina compartimos idiomas, cultura, historia y religión... Una parte importante de la población latinoamericana

es descendiente de las personas migrantes europeas de los siglos XVI al XX, que partieron en busca de una nueva “tierra prometida”. Buenos Aires o Santiago parecen ciudades europeas. Desde muchos puntos de vista, somos las personas más afines del mundo.

América Latina ha tenido una inmensa influencia cultural

Sin embargo, América Latina es también muy diferente de Europa. Su identidad es una mezcla de sus raíces indígenas y de las influencias hispanas y portuguesas, pero también africanas, francesas o italianas. Al desarrollar su propia personalidad, América Latina se está convirtiendo, cada vez más, en una América con identidad propia. Como resultado, América Latina ha tenido una inmensa influencia cultural durante el último siglo y ha sido un laboratorio para muchas experiencias políticas. Sin embargo, también sufre, crónicamente, de una violencia social y política endémica.

Mucha gente creía, cuando empecé como alto representante y vicepresidente

¹ La primera versión de este artículo fue publicada en el blog del alto representante y vicepresidente de la Comisión Europea (AR/VP), disponible en: https://eeas.europa.eu/headquarters/headquarters-homepage/87402/node/87402_es. El AR/VP autoriza esta reproducción como *Análisis Carolina*.

² Celebrado el 12 de octubre de 2020. Véase: <https://www.consilium.europa.eu/es/meetings/fac/2020/10/12/>.

dente de la Comisión Europea, que ser español significaba que iba a prestar mucha atención a América Latina. Sin embargo, debido a las crisis en nuestro entorno y a las restricciones causadas por el coronavirus, no he podido viajar a la región en casi un año. Tenemos que invertir esta tendencia. Ha llegado el momento de hacer más cosas juntos.

El impacto dramático de la COVID-19 en América Latina

En julio ya habíamos abordado el impacto dramático de la COVID-19 en ALC. Desde entonces, la situación se ha deteriorado aún más y la región es la más afectada por la pandemia. Esto ha llevado a un aumento alarmante de la pobreza y la desigualdad. Con solo el 8% de la población mundial, la región registra ahora un tercio de las muertes mundiales. Los sistemas de salud suelen estar sobrecargados y la región ha heredado una serie de problemas sociales, algunos de los cuales también están presentes en Europa, que han agravado el impacto de la pandemia: el peso del sector informal, la pobreza, la inseguridad, la superpoblación de las ciudades, el aislamiento de las comunidades rurales, un saneamiento inadecuado, así como una atención sanitaria limitada.

Los avances en materia de desarrollo han empezado a desbaratarse

Incluso antes de la pandemia, la frustración crecía en la región a medida

que los avances en materia de desarrollo de los últimos decenios empezaban a desbaratarse. Parece muy probable que se produzca un escenario de inestabilidad política a largo plazo, de inseguridad, y de retos en materia democrática y de derechos humanos. El crimen organizado está aumentando su control en la región más violenta del mundo y el apoyo popular a la democracia ha disminuido a un mínimo histórico (del 61% en 2010 al 48% en 2018, según Latinobarómetro).

La región sufre muchas crisis políticas. Venezuela sigue siendo una herida abierta: unos 5,1 millones de personas venezolanas han buscado refugio en los países vecinos. Es la mayor crisis humanitaria de la región y una de las más olvidadas por la comunidad internacional. Los conflictos internos y la violencia persisten en Colombia, Bolivia o Nicaragua, y las tensiones sociales aumentan en varios países de la región. Venezuela y Colombia figuran ahora entre los principales países de origen de las personas solicitantes de asilo en la Unión Europea (en tercer y cuarto lugar, respectivamente). Sin embargo, como no llegan a nuestras costas en barcos arriesgando sus vidas, este flujo de personas pasa desapercibido.

La peor recesión de la historia

El Fondo Monetario Internacional (FMI) advierte ahora de otra “década perdida”, con economías que se pre-

vé que se contraigan en un 8,1% en 2020. Mientras la región se enfrenta a la peor recesión de su historia, demostrar nuestra solidaridad con sus 665 millones de habitantes no es solo un imperativo moral, es también una oportunidad para intensificar el compromiso de la Unión Europea (UE) con una región cuya importancia estratégica ha pasado desapercibida durante demasiado tiempo.

La atención que prestamos a la región de ALC no es proporcional a su importancia. Juntos representamos casi un tercio de los votos en la Organización de Naciones Unidas (ONU). El *stock* de inversión extranjera directa (IED) de la UE en ALC asciende a 758.000 millones de euros; más que el total de las inversiones de la UE en China, India, Japón y Rusia juntas. La UE es también el principal socio de la región en materia de desarrollo y uno de los principales proveedores de asistencia humanitaria. Y hay intensos intercambios interpersonales: cerca de 6 millones de nacionales de la UE y ALC trabajan y viven al otro lado del Atlántico. La UE ha negociado acuerdos de asociación, comerciales o políticos y de cooperación con 27 de los 33 países, lo que convierte a ALC en la región con los vínculos institucionales más estrechos con la UE.

Una creciente sensación de abandono

Sin embargo, no hemos celebrado una Cumbre bilateral desde 2015 y

ha habido escasas visitas de alto nivel. Ello no ha pasado desapercibido: nuestras misiones diplomáticas están enviando informes de una creciente sensación de abandono. Al mismo tiempo, otros actores internacionales están ocupando este terreno. Estados Unidos ha mantenido un compromiso constante, y la inversión china se ha multiplicado por diez entre 2008 y 2018. De hecho, China nos superó, recientemente, como el segundo socio comercial más importante de América Latina.

Por consiguiente, agradezco a Alemania su ofrecimiento para acoger una conferencia ministerial UE-ALC, prevista para diciembre en Berlín. Esta iniciativa podría poner en marcha una nueva dinámica de compromiso de alto nivel. También es urgente revitalizar la relación de la UE con México y Brasil, nuestros principales socios estratégicos en la región. Deberíamos avanzar, rápidamente, hacia las Cumbres de 2021.

Apoyar a los países de ALC para lograr una recuperación ecológica, digital, sostenible e inclusiva es de interés mutuo. ALC es el hogar de la selva tropical amazónica: donde se halla el 50% de la biodiversidad del planeta, y que representa alrededor del 8% de las emisiones de gases de efecto invernadero del mundo. Garantizar que la región avance hacia una senda de crecimiento más sostenible es un asunto prioritario. Ello debería propiciar un incremento en la

ambición en el marco del Acuerdo de París ante la COP 26 en 2021.

El acuerdo entre la UE y Mercosur podría suponer un cambio de rumbo

En ese sentido, el acuerdo UE-Mercosur podría representar un antes y un después. Recuerdo haber viajado a Brasil y Argentina, como presidente del Parlamento Europeo, a principios de este siglo, y escuchar que este acuerdo estaba “casi” hecho. Aproximadamente 20 años después, todavía está “casi” hecho. Si se consigue aprobar, sería el mayor acuerdo de asociación jamás logrado por la UE y podría contribuir significativamente a la recuperación económica a ambos lados del Atlántico.

Sin embargo, soy consciente de que el actual clima político no facilita su ratificación. El Parlamento Europeo ha adoptado una resolución advirtiendo que, en su forma actual, este acuerdo no podría ser ratificado. A nivel del Consejo también hay reservas por parte de un número significativo de Estados miembros. Por lo tanto, necesitamos involucrarnos con los parlamentos y la ciudadanía para abordar mejor sus preocupaciones.

El acuerdo UE-Mercosur no debe ser visto como un mero acuerdo de libre comercio. Ni Mercosur ni la UE se establecieron como meras zonas de libre comercio, y un acuerdo entre ambos tampoco puede ser entendido, de manera reduccionista, en esos

términos. Tiene un profundo significado geopolítico: es una herramienta que permite a ambas regiones afrontar mejor el creciente enfrentamiento entre Estados Unidos y China, en el que tanto América Latina como la UE corren el riesgo de quedar en una posición de subordinación estratégica.

Preocupaciones legítimas de la ciudadanía europea

La UE que negoció el acuerdo de Mercosur a principios de los años 2000 no es la misma que en 2020, y menos aún cuando lleguemos a 2030, siguiendo nuestra Agenda Europea del Pacto Verde. Es legítimo que la ciudadanía europea dude en firmar un acuerdo con los gobiernos que rechazan el Acuerdo de París y cuyas políticas en la Amazonia crean importantes preocupaciones medioambientales.

Sin embargo, los costos políticos y económicos del fracaso serían considerables: tras 20 años de negociaciones, se ha convertido en una cuestión de credibilidad para Europa en la región. Este acuerdo debe considerarse como una palanca para un cambio en los modelos de producción y consumo. Deberíamos utilizarlo para fomentar el diálogo sobre políticas y la convergencia normativa para la transición “verde” de ambos grupos regionales. Si no alcanzamos este acuerdo, perdemos mucha influencia para debatir estos temas con los países de ALC.

El acuerdo ya proporciona instrumentos útiles para abordar este problema, y debería ser posible reforzarlos con herramientas adicionales sobre el clima y el medio ambiente, sin reabrir lo ya negociado. Como UE, estaríamos mejor con un acuerdo reforzado que sin él.

La pregunta que surge hoy sobre cuestiones ambientales se planteó en su día sobre la protección de los estándares democráticos. En la actualidad, todos los acuerdos de asociación de la UE incluyen una cláusula democrática. Este tipo de cláusula se creó en 1991, cuando Argentina, saliendo de una dictadura militar y temiendo su regreso, solicitó su inclusión en su acuerdo de asociación. En 1995, el Consejo Europeo decidió ampliarlo a todos los acuerdos de asociación con terceros países. Del mismo modo que ya innovamos con un país latinoamericano en la cuestión esencial del respeto al sistema político democrático, ahora podríamos hacer algo similar con la cuestión igualmente importante de la sostenibilidad ambiental y climática.

En cualquier caso, deberíamos ser más proactivos para trabajar juntos a nivel multilateral, identificando las cuestiones específicas en las que esa cooperación podría ser más fructífera. Estamos preparando una hoja de ruta más detallada al respecto, que se presentará a principios del año próximo.

Una oportunidad única

Ahora tenemos una oportunidad única, que no podemos permitirnos desperdiciar. Personalmente, me siento muy unido y cercano a América Latina. Sin embargo, estoy convencido de que si logramos elevar nuestras relaciones bilaterales al nivel que merecen, toda la Unión Europea saldrá beneficiada.

Josep Borrell es alto representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad y vicepresidente de la Comisión Europea (AR/VP). Fue ministro de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación del Gobierno de España entre 2018 y 2019. Ingeniero aeronáutico por la Universidad Politécnica de Madrid. Licenciado y doctor en Ciencias Económicas por la Universidad Complutense de Madrid. Máster en Matemáticas Aplicadas (Operations Research) por la Universidad de Stanford. Entre 1982 y 1996 fue, sucesivamente, secretario general del Presupuesto (1982-1984), secretario de Estado de Hacienda (1984-1991) y ministro de Obras Públicas, Telecomunicaciones, Transportes y Medio Ambiente (1991-1996). Elegido diputado europeo en 2004, en la primera mitad de la legislatura 2004-2009 fue presidente del Parlamento Europeo y en la segunda, presidente de la Comisión de Ayuda al Desarrollo. Entre 2010 y 2012 fue presidente del Instituto Universitario Europeo de Florencia.

Fundación Carolina, octubre 2020

Fundación Carolina
C/ Serrano Galvache, 26.
Torre Sur, 3ª planta
28071 Madrid - España
www.fundacioncarolina.es
@Red_Carolina

ISSN: 2695-4362
https://doi.org/10.33960/AC_51.2020

La Fundación Carolina no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los textos firmados por los autores y autoras que publica.



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)